

Elizabeth Farinango



*Catherine  
Browning*

# Catherine Browning

Por

Elizabeth Farinango

Primera edición: julio de 2020

Copyright © 2020 Elizabeth Farinango

Editado por: Future Editions

[futureditions.escritores@gmail.com](mailto:futureditions.escritores@gmail.com)

Diseño de cubierta: F&P Design



Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

## Índice

### PUNTUACIÓN Y RESEÑAS

#### DEDICATORIA

#### INTRODUCCIÓN

#### PRIMERA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

SEGUNDA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

TERCERA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

CUARTA PARTE

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

LA ÚLTIMA CARTA

PARA MIS LECTORES

NOTAS DE LA AUTORA

## PUNTUACIÓN Y RESEÑAS

TE INVITO A VALORAR MI LIBRO Y DEJAR TU COMENTARIO INGRESANDO AL SIGUIENTE LINK, DESPLAZÁNDO-TE HASTA LA SECCIÓN DE RESEÑAS Y PUNTUACIÓN EN:

[AMAZON.COM](https://www.amazon.com)

[AMAZON.ES](https://www.amazon.es)

[AMAZON.COM.MX](https://www.amazon.com.mx)

## DEDICATORIA

*A mi padre:  
Gracias por tanto y por todo.  
Te amo.*

## INTRODUCCIÓN

Nadie imaginó las consecuencias que aquella colosal batalla, en apariencia interminable, acarrearía sobre Inglaterra y todas las naciones que la padecieron. Los daños fueron irreparables. Se perdieron cuantiosas fortunas, grandes cosechas, vidas inocentes y valiosas; grandes personalidades perecieron a manos del que denominaban el *anticristo encarnado*. Sin duda Napoleón fue el hombre que marcaría un antes y un después en la historia de Europa, puesto que, a pesar de su derrota, para muchos es aún el estratega más brillante de todos los tiempos.

Nos resulta difícil calcular el daño que constituyó para los británicos aquel periodo tan oscuro. Sin embargo, y aunque se encuentren documentos que nos prodiguen cifras redondeadas de las pérdidas humanas, es lícito mencionar que no son precisamente las reales, puesto que, además de las vidas de los valientes que se aventuraron a enfrentarse con el *anticristo*, y de aquellos que infelizmente se encontraban en medio de los campos de batalla, podemos apuntalar que, la barbárica guerra recaudó muchas más almas de una forma indirecta.

Cientos de comerciantes lo perdieron todo a causa del desorden que se cernió sobre las naciones involucradas, afectando así a sus familias y su sustento, maldiciendo cada noche a Bonaparte por arrebatarles la calma y cubrirlos bajo el manto de la desesperanza. Algunos de estos infelices, que veían arruinado su porvenir, no fueron capaces de soportar su nueva realidad y cayeron en un profundo desaliento que solo se alivió con la muerte. Otros más infortunados, que antes apenas se las arreglaban para llevarse un bocado a la boca y a la de sus hijos, veían con dolor cómo sus posibilidades de supervivencia se convertían en polvo y se dispersaban en el viento frente a sus narices, sin que pudiesen hacer algo para impedirlo. Varios perdieron sus empleos, sus hogares... Podría decirse que al final, la cruzada de Napoleón no fue contra nuestros soldados, sino contra

aquellas criaturas desdichadas, y esta se desarrolló de una forma vil, dejando a su paso un camino de muerte y desolación.

Sin embargo, los que con uñas y dientes se aferraron a la vida y a la esperanza de un mejor destino, decidieron huir y establecerse, por grupos, a las afueras de las grandes ciudades, en medio del campo, alejados del alboroto; dispuestos a construir nuevos pueblos, en los que se apreciaba con más frialdad su desgraciada situación, al contrastarse esta con la cándida existencia que sostenían los terratenientes de la región.

Precisamente, a las afueras de uno de estos poblados prósperos, al que la guerra había mostrado un rostro medianamente desinteresado, se edificó un nuevo caserío de viviendas miserables, ocupadas por las víctimas indirectas que desperdigaba la ambición del francés. Apenas a una milla de Thornton<sup>[i]</sup> nacía Melby<sup>[ii]</sup>, con sus desdichados habitantes, a quien la mano de Dios parecía haber abandonado. La gran mayoría, por no decir la totalidad de sus ocupantes, carecía de instrucción; no conocían las letras ni los números y su forma de vida insalubre, les hacía propensos a infecciones y padecimientos generales.

Pocos parecían interesarse en mejorar su situación. Por el contrario, su presencia fue considerada por un tiempo un problema de salud pública, debatido fervientemente en las reuniones organizadas por las personalidades que dirigían Thornton, quienes no se contentaban con las explicaciones de su médico, el cual les aseguraba que la expansión de cualquier enfermedad no era posible, debido a la distancia que los separaba de Melby. No obstante, temerosos por su integridad, decidieron abstenerse de mantener cualquier tipo de trato medianamente cercano con aquellos parias, sucios, toscos, casi inhumanos. Fue tanto su empeño en dejarlos de lado, que pronto se olvidaron de su existencia y continuaron con sus cómodas vidas, mientras el país recuperaba su integridad y Melby aumentaba su miseria.



## PRIMERA PARTE

*«Un baile jamás ofrecerá mayor satisfacción que la que ofrece un buen libro.»*



## I

Desde muy temprano se escuchaban los pasos del señor Browning por toda la casa. Y no habría resultado tan extraño si el día fuese otro. Pero no, era viernes, y los viernes el amo de Wolfield acostumbraba a dormir hasta pasadas las diez de la mañana, porque el día anterior era el último en cerrar los ojos y entregarse a los brazos de *Morfeo*<sup>[iii]</sup>. No obstante, ahí estaba, más despierto que la misma señora Acton, asignándole tareas que ella conocía mejor que nadie.

—Todo ha de estar impecable, señora. Quiero que la plata sea pulida, que las cortinas sean cepilladas y que las alfombras sean lavadas con minuciosidad. Vaya usted por velas al cuarto viejo, y dígame a Alfred que se procure una buena cantidad de carbón para las habitaciones de la casa. ¿No cree usted que deben estar todas tan cálidas como en verano? Sería una calamidad que alguien pescara un resfriado. ¡Ah! Hágame usted el favor de decirle a la señora Barton que encargue con el panadero los mejores postres, suficientes para abastecer a cincuenta personas, o quizá para sesenta. Dígame, ¿cree que serán suficientes? ¿No? Tal vez deban encargarse veinte más. ¿Está usted de acuerdo? Ya sabe lo mucho que me gustaría que ella preparase los suyos, pero siento temor porque no se alcance con el trabajo.

Al medio día parecía que todo se había dicho, hasta que recordó que su ama de llaves ignoraba los motivos de semejante alboroto, así que, después de hablar con su cochero y encomendarle algunos encargos en el pueblo, el señor Browning se encaminó con paso firme en su búsqueda. Encontró a Agnes Acton en el almacén, toda vestida de negro, como era su costumbre incluso en verano, haciendo la lista de los víveres necesarios para la semana.

La anciana escuchaba atentamente mientras su ansioso patrón le informaba todo lo que había de informarle. Ella mantenía su semblante de mujer sensata e inalterable, sin

apenas inmutarse por la novedad que le causaba la próxima velada. Asentía de buena gana a todo lo que su amo le decía, y le sugería una que otra nimiedad para hacerle notar su aprobación, cosa que al señor de la casa agradaba mucho.

Cuando el ajetreado doctor se hubo marchado, muy satisfecho al ver que sus ideas eran del agrado de la gente con que convivía, un suspiro acompañado de un: «Hace mucho que no ofrecemos una velada», se escuchó como eco en la amplia habitación, después, el ama de llaves continuó con su trabajo con la misma calma con que lo había empezado, excepto que un brillo adicional iluminaba su mirada cansada, el brillo que proporciona el don de conocer algo que nadie más conoce y que solo la edad y la experiencia son capaces de revelar.

Y mientras los empleados de Wolfield iban y venían con todos los encargos de su señor, a no mucha distancia de allí, en la pensión Buckland, una bella dama, de delicados rasgos, revisaba la carta escrita a su hermana, que se disponía a enviar.

### **De Caroline Wewitzer d'Hondt a Anne Wordsworth**

*Thornton, 16 de junio de 18...*

*Querida hermana:*

*Hace menos de un mes que nos hemos instalado en Thornton, un pueblo muy colorido, residencia de personalidades importantes, de cuantiosa riqueza y excelentes modales, y debo admitir que no hemos podido haber encontrado mejor lugar que este para vivir. Me permito rentar la segunda planta de la pensión de la señora Buckland, que consta de una pequeña sala de estar, otra para visitas, una habitación para Mary, otra para mí y una adicional para invitados. Como ves, es muy completa.*

*¡Ojalá pudieras ser tú la primera en ocuparla cuando decidas visitarnos! Mi querida Mary aún resiente la separación de sus primos, cosa que ha llegado a inquietarme enorme-*

mente. Ahora es constante su encierro. ¡Apenas prueba bocado! Te confieso, a ti como madre, que como yo conoces cuánto se sufre cuando un hijo es sujeto de dolencias, que me aterra pensar que pudiera llegar a enfermar nuevamente. ¡Sí, nuevamente!, pues hace apenas dos semanas que se ha recuperado de un resfriado que la postró en cama por varios días.

Verás, ha sido atendida por el médico del pueblo: un hombre muy bueno y competente, que no aparenta más de cuarenta, aun cuando se afirma que es mucho mayor. Ha sido tan amable... ¡No aceptó que le pagásemos por sus servicios!, a pesar de lo mucho que le rogué que aceptase el dinero. Dios le bendiga.

Hermana, es precisamente de él de quien quiero hablarte. Es preciso que te cuente y pida consejo sobre la situación particular que estoy viviendo. No sé cómo lo vayas a interpretar, pero, y aunque me juzgues insensata, debo decir que me parece que el doctor se ha interesado por mí. Tal vez pienses que es mi situación desesperada la que me obliga a imaginarlo, yo misma lo pensé al principio, pero no soy la única que lo piensa; la señora Buckland también me lo ha hecho ver en reiteradas ocasiones. Sin embargo, por temor a hallarme en un error, me he dedicado a estudiar con cuidado el comportamiento del doctor, y debo decir que estoy convencida de sus intenciones.

Sus visitas han sido frecuentes, incluso ahora que la salud de Mary ha mejorado. Claramente se preocupa por ella; se han convertido en muy buenos amigos. Y la forma en que me mira... No, estoy persuadida de que muy pronto se declarará, y es precisamente con este respecto que deseo tu consejo. ¿Qué debo hacer cuando suceda? ¿He de aceptarle? Mi querido Alfred ha dejado este mundo hace ya cinco años y, aunque sé muy bien que jamás voy a olvidarlo, he de admitir que mi nuevo amigo me agrada mucho. Además, no olvides que mi hija y yo necesitamos protección y un seguro porvenir. ¿No crees que nuestra llegada a Thornton ha sido providencial?

*Escribirte me hace estar casi resuelta sobre el paso a seguir, sin embargo, no procederé si tu opinión diverge con la mía.*

*Tu hermana que te quiere,*

*Caroline.*

## II

Tras abandonar el almacén, el doctor por fin se sintió tranquilo, liberado de la carga que le suponía preparar una reunión como las que hace mucho tiempo no preparaba y que, en cierto modo, se alegraba en disponer. Decidió pues aprovechar su buen humor para salir a tomar un poco de aire en el jardín posterior de la casa y meditar sobre el porvenir que deseaba. Ahí se sentó, sobre la vieja mecedora que mandara a colocar en el porche ocho años atrás y recargó las piernas en un menudo cajón de madera. Desde ahí observó las dos siluetas que se movían con gracia junto a la verja que daba paso al extenso bosque, desde donde se escuchaba el cauce del río desplazándose hacia el sur, escondido entre todos los hierbajos.

Aquella era una agradable tarde de junio. El enfadoso frío invernal, que se había adueñado de gran parte de la primavera, era por fin reemplazado por el sutil calor de la estación que le correspondía, una de las favoritas para el señor Browning y su hija, Catherine.

Para ella no existía cosa mejor que la primavera, sobre todo por lo encantadora que le parecía la gente entonces, y no es que no lo fuese todo el tiempo, no. Catherine aseguraba que, en sus doce años de vida en Thornton, no había conocido persona a quien se la pudiese calificar como desagradable o impertinente. La cosa era que, y aunque le pareciera extraño el matiz de sus impresiones, existía algo de particular en el humor de sus vecinos con la marcha de los fríos meses de enero, febrero, marzo, abril y mayo, que los convertía en los seres más dulces y gentiles de toda Inglaterra. No estaba equivocada con respecto a aquel contraste, puesto que la primavera se preparaba a marcharse y el verano llegaba cargado de grandes posibilidades de comercio, aumentos considerables de capital y más de un colorido evento público, que constituía en el aumento del buen humor de sus vecinos, así como de sus fortunas per-

sonales. Después de todo, ¿a quién no le satisface ver cómo se forja un buen provenir?

Catherine paseaba por los alrededores de la casa, vigilando arduamente los interesantes cambios que la nueva estación arrastraba consigo.

—¿No es preciosa, señorita Moore? ¿Había visto usted un ejemplar más perfecto?

Catherine le enseñaba el bello pensamiento que extrañamente nacía a los pies de la verja.

Ella asintió.

—Lo es. Aseguro que no he visto ninguno como ese en varios meses. Deberíamos comentárselo a tu padre. Estará deseando saberlo.

Louise Moore, mujer esbelta, de pelo castaño y semblante firme, que imponía autoridad donde sea que sus ligeros pies pisaran, acababa de cumplir treinta años, tres meses atrás. Sería por naturaleza, agradable por instinto, empleaba su mirada de jaguar en todo lugar, siempre atenta a cada movimiento de los que le rodeaban, y mucho más cuando se trataba de personas ajenas a los ocupantes de Wolfield; con ellos se esforzaba el doble con el fin de conocer de primera mano su carácter e intenciones. No así con los dueños de la casa. Para ellos guardaba dulzura, entrega y una fidelidad que extasiaba; un comportamiento muy bien justificado, por supuesto, pues, después de haber trabajado con el atento doctor y su señora desde el nacimiento de su única hija, y nunca habiéndole interesado el matrimonio, a la señorita Moore se le había obsequiado el lugar privilegiado de un muy querido miembro más de la familia: el de una hermana para el señor Browning y el de una segunda madre para Catherine.

La distinguían también su sagacidad y capacidad para obtener información sin quedar en evidencia, y de retenerla mejor que un monje tras realizar sus votos de silencio.

Catherine estaba convencida de que, si había alguien al tanto de todo lo que ocurría en Thornton, era sin duda la agradable señorita Moore, más por su gran sentido del de-